

## **EPIFANÍA DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Isaías 60, 1-6): *Caminarán los pueblos a tu luz.*

**Salmo** (71, 2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra»*

**2ª lectura** (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

**Evangelio** (Mateo 2, 1-12): *Y cayendo de rodillas lo adoraron.*

Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén y sorprendieron a todos preguntando: *«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella y venimos a adorarlo»*. Así nos relata el evangelio de Mateo uno de los hechos más sorprendentes sobre la tierna infancia de Jesús. El evangelista explica a sus contemporáneos que Jesús no sólo fue el Mesías esperado, sino que su realeza fue descubierta y manifiesta en primer lugar por los gentiles. Aquellos magos de Oriente, que eran los mismos reyes de Tarsis, de Saba y de Arabia, a los que había hecho referencia el Salmista. Eran los mismos que venían trayendo incienso y oro, montados en camellos y dromedarios de Madian y de Efá, tal como describió el profeta Isaías.

Tenemos algo más que unos reyes de arcilla para situar en nuestro belén; Mateo nos muestra la proclamación solemne de la realeza de Jesús, confirmada por una señal mágica en el cielo. La estrella de los magos es la luz que se posa sobre la ciudad del rey de los judíos, una luz que brilla en las tinieblas de la noche, que señala la bonanza que desde el firmamento llega a la tierra. No es sin más una estrella, es una estrella mágica. Aparecía y desaparecía atrayendo los ojos de aquellos buscadores del Mesías; entonces fueron los magos y a lo largo de los siglos ella ha venido anunciando a la tierra la llegada del Salvador.

Su luz es propia, nadie puede apagarla, sólo nubes pasajeras, que no la noche oscura, pueden entorpecer su visión; pero es necesario mirarla e incluso reconocerla, pues brilla junto a otras que llenan el firmamento, pero no son la estrella de los magos, habrá que consultar a los sabios y mejor a los profetas, habrá que pedirle a la memoria de la historia de la estrella, la que se escondió ante Herodes, pues no podía señalar a un falso rey que quería fundar su trono sobre bienes de la tierra. El Mesías que ella anuncia es rey venido del cielo para gobernar la tierra con la fuerza del Espíritu, la fuerza que procede de Dios, la que no teme la guerra que le declaran los ricos y poderosos, que creen ser los dueños de toda la fuerza.

A los magos sí les sirvió el texto que escribiera el profeta Miqueas y hacía Belén siguieron las huellas proféticas. ¡Qué alegría se llevaron al verla de nuevo cuando seguían la ruta que les indicó el profeta! La luz que brilló en Belén era algo más que una estrella; era el propio Hijo de Dios nacido de una doncella, la que al fiarse de Dios se sintió llena de gracia y favor, tanto que llegado el tiempo ella misma dio a luz al rey que anunciaba la estrella, al que buscaban los magos y anunciaron los profetas.

La figura de los magos no debe borrar el mensaje fundamental de esta fiesta de la Epifanía del Señor. Celebrar la fiesta de la Epifanía sin acercarnos junto a los magos llevando nuestros mejores presentes al Niño Dios es una forma de negar el verdadero sentido de la fiesta. Los magos de oriente siguieron una estrella para encontrar al Mesías. Nosotros nos fijamos en el Señor que guía nuestra vida y nos ofrece un camino de vida. Si nos dejamos orientar por Él, hasta de las situaciones difíciles y complicadas sabremos sacar buenas enseñanzas.

La alegría y la ilusión de los más pequeños, al levantarse esta mañana, es una bonita imagen de cómo todos podemos afrontar cada jornada. Los creyentes, estamos llamados a ser motivo de esperanza y fuerza para todos, especialmente para quienes viven con más dificultades. Somos llamados a ayudar para que todos se pongan en pie ante los retos de la vida.

Hoy es un día de alegría a pesar de tantas situaciones de postración, sufrimiento y dolor. El día de la Epifanía nos da un grito muy claro: ponte en pie, levanta el rostro, mira el presente y el futuro con ilusión y esperanza... alégrate, porque el Señor ha salido a tu encuentro y nunca te abandonará. Su palabra y su presencia es eficaz y, a pesar de las dificultades y las crisis, Él nos ilumina y fortalece en cada momento. Hoy sigue habiendo muchas señales que nos guían hacia Dios. Es la referencia que desprenden quienes buscan la paz y trabajan por la justicia, la claridad de las iniciativas solidarias que dan esperanza a los empobrecidos, el brillo de los gestos de perdón y reconciliación, el resplandor del compromiso con la casa común... También la comunidad cristiana, la Iglesia, está llamada a ser una estrella que nos acerque al Señor.

Dios sigue naciendo y cautivando nuestras vidas para que todos y cada uno llevemos su luz a todas las personas, especialmente a aquellas que viven marginadas o padeciendo el sufrimiento. Su vida no nos es ajena. Todos estamos llamados a ser la luz de Dios en las situaciones de dolor.

En este día expresamos que el nacimiento del Hijo de Dios es universal y accesible para todos. No sucedió en un lugar cerrado ni en un palacio inaccesible. Dios no se esconde, sino que se muestra visible, para todos. Los más sencillos y los más inquietos fueron los primeros en encontrarlo y hoy también nace para todos nosotros. Esta es la mejor de las noticias que podemos ofrecer hoy a nuestro mundo. Abrid los ojos y buscad los signos de su presencia, como los magos, para ir a adorarlo.